

careces de

viajaste durante años para llenarte de experiencias y tener historias. porque te dijeron que eso es lo que nos hace humanos, las historias que tenemos, la historia que somos. ahora eres alguien. el que durmió a cielo abierto en un desierto de Mongolia. el que pasó cuatro noches con una desconocida descubriendo Saigon. el que fue detenido dos días en Shenzhen. el que nadó en lagos helados de Alberta. el que sobrevoló con una avioneta de hace cinco décadas los Andes. el que no es feliz.

fuiste a hiraeth en un enésimo intento de cambiar eso último. luego lo perdiste, una vez más. porque no quieres hacerte a la idea de que no se puede llegar a un sitio que su propio nombre dice que es inalcanzable. ni siquiera el lugar más alejado del mundo sirve. pensaste que un tatuaje recordándote que nunca alcanzarás hiraeth haría que no le dieras más vueltas, que no dieras más vueltas. ingenuo.

ahora de repente te acuerdas de lo que, con varias copas de vino de por medio, una conocida en Berlin te dijo. eso de que en este terrorífico mundo, todo lo que tenemos son las conexiones que hacemos. quizás la felicidad está en eso, piensas. ni en las experiencias ni en el lugar, en los sujetos que te rodean. luego recuerdas a Schopenhauer y que eres un erizo con púas especialmente grandes. uno que pasa más frío que los demás porque siempre que se acerca demasiado acaba pinchando, acaba haciendo daño.

finalmente lo asumes, no careces ni de experiencias ni de un hogar idóneo, careces de felicidad. careces de ella.